

CELCIT. Dramática Latinoamericana. 95

OH SARA

Unipersonal clásico para diva en apuros

(Acerca de Sarah Bernhardt)

Ariel Mastandrea

Luz difusa sobre una gran mancha blanca. En el centro, una mujer que viste una túnica de raso se adelanta.

Yo era tan flaca que si llovía no me mojaba, pasaba a través de las gotas de agua.

Mi cuerpo no era el prisionero de mi alma, sino su sombra.

Mi piel era tan transparente que si tomaba un vaso de vino,
se lo veía pasar a través de las venas azules de mi cuello.

Se incorpora. Duda. Se palpa la cadera con rabia.

Después engordé.

Hacia un costado.

¿Te parece que empiece así, Mauricio, "Mis memorias"? ¿O será mejor con los gatos?

¿Tono lírico o tono de efecto?

A ver, piensa. Pero no me lo digas.

Elige, pero no me lo digas.

Desconfiada. Mascullando. Mira hacia distintos puntos. Con demarcación de luces.

La luz debería venir desde las paralelas para concentrar el discurso.

O de arriba para que se me vea el gesto.

El gesto dije, no las muecas.

No me corrijas.

Saliendo del cono de luz. Muy ofuscada.

¡Ya estas exagerando Sarah Bernhardt!- dirían mis críticos- ¡Eras una tísica que escupía sangre cada vez que te atragantabas con las rabetas de Lady Mackbeth,

o peor aún cuando estallabas adentro del esqueleto de Margarita Gautier !

Eso dirían mis críticos... *(Mascullando.)* los muy canallas...

Con su tono realista...

Pero a ellos no lo tendremos en cuenta. Lo haremos a mi manera.

Como siempre.

A mi manera.

Hacia un costado. Se recompone con gran esfuerzo.

Hay que cuidar los detalles. Que no entre nadie adentro de los detalles.

¿Me oyes Mauricio, hijo mío? Los detalles... Y la memoria.

La memoria.

-

De un costado a otro. Tono evocativo. Con alegría y una cierta ferocidad. Luces en plenitud.

En la época de Luis Felipe, París no era una fiesta.

París era un gran espectáculo salvaje y mugriento.

Con banda de sonido de bullicio callejero donde resalta el estrépito de pasaje de carromatos, cascos de caballos ,murmullos y gritos confusos, pasos ,etc.

En las esquinas había afiladores y organilleros, lecheros y carboneros;

se dictaba una carta, se cortaba el pelo o se sacaba una muela junto a los vendedores ambulantes y cocineros callejeros que se anunciaban con gritos y redoblar de tambores.

Por todos lados había olores indescritibles, humo, fritanga y gritos.

Había que correr para no ser alcanzado por los orines y las mierdas

que salían volando por puertas y ventanas y agarrarse a las paredes

cuando los jinetes a caballo forzaban el paso entre la muchedumbre.

Con acompañamiento de banda de sonido con pitos, cornetas y paso de saltimbanquis.

Actores y magos, cantantes, bailarinas, titiriteros, acróbatas y trapeceistas

merodeaban en las plazas agitando sus banderas de colores,

rodeados siempre de una muchedumbre que reía, aplaudía y aullaba rabiosamente

sus propias desgracias.

Seca y con asco.

La ciudad estaba toda infestada de sífilis y tuberculosis,

deambulaban los ciegos, los tullidos y los locos.

Notre Dame era una ruina. El Sena una cloaca nauseabunda.

Había 50.000 niños hambrientos en las calles pidiendo limosnas o prostituyéndose y 200 burdeles de lujo abrían sus puertas a los placeres de quien pudiera pagar 100 francos.

Ese era el París de mi juventud.

¿Qué podía hacer yo?

O puta o actriz.

El destino es elegir.

Yo elegí el teatro.

Ríe y estalla.

¡El teatro!

Fin de banda de sonido.

-

Actuar exige tanta astucia, fuerza e intriga..... es como preparar un crimen.

O un casamiento.

La misma exactitud, la misma eficacia, la misma locura.

El mismo empecinamiento.

-

Entré al Conservatorio a los 16 años.

Aclaro que hasta los 25 no tuve un sólo éxito y recién a partir de los 30 comenzaron a tenerme en cuenta.

Eso para que lo recuerden las principiantes que creen que acostarse con el primer traspunte

ya les asegura saberse la letra.

No alcanza.

Siempre hay otro que sabe más que uno. O que tiene más que uno.

Por eso hay que intentarlo con los autores, los críticos, los directores, los escenógrafos...

(Duda un poco.)... los tramoyistas... y todo eso...

Y si las cosas van mal, hasta con otros actores.

Aunque no lo crean y les suene a asco.

Con todos y sin olvidar a los ricos, que son los que tienen.

¡Cuando uno ya acomodó a la oportunidad en la propia cama es que recién empieza a saber y a tener!

-

¿Pero que podía hacer una actriz muchachita desconocida por el público de París?

Estudiar, estudiar y para que no se la coman los piojos, darse a conocer y ganar sus

buenos francos.

Me dediqué a posar de modelo para pintores: Delacroix, Courbet , Gustavo Dorè...

(Duda un poco.) y algún otro que ya no pinta.

Después para un fotógrafo: Nadar, que había abierto un salón en Las Capuchinas.

Nadar era gigantesco, un verdadero celta con olor a caballo.

De barba y pelo largo. Todo en rojo. Parecía un hombre prehistórico por fuera, pero era suave y delicado como un violín de Ingres por dentro...

Con banda de música romántica de violín.

Primero vestida y después desnuda.

Vestida siempre pagaban igual: nada.

Hablo de lo que importa:

"Por un seno: 5 francos. Los dos: 15"

"Una nalga: 10. Las dos :25"

"Por un Completo que No se ve: 30 francos"

"Por un Completo que Si se ve: 50 francos"

"Por una "Aproximación a lo Peligroso": 100 francos"

"Con flores que tapan :150 francos"

"Sin flores: 250 francos"

Fin de banda de música.

¡Me costó posar desnuda!

Pero no por lo que la gente piensa.

Al revés.

Yo quería mostrar, además de Todo, la cara, pero Nadar me exigía cubrirme con un abanico.

¡El abanico!

"La cara, Sarah, tápate la cara! La morbosidad paga por ver lo que no conoce.

¡Lo que no se conoce! ¡Ese es el futuro!"

Por aquella época yo me entregaba sin vacilaciones y no estaba acostumbrada a crear

expectativas...

Tapando y destapando, eso lo aprendí mucho después...

Cuando me profesionalicé.

Y tanto me profesionalicé con el abanico, que en un mes hice cerca de 1000 francos, lo

que no estaba nada mal para una modistilla del Sena, pero que para mí no me daba ni para

empezar.

Además se acercaba el invierno...

Friolenta, estornuda y se seca los mocos. En aparte con murmullos.

Un secreto profesional: en París no se vende un desnudo en invierno.

Los franceses no tienen resuelto el problema del cambio de clima con relación al sexo.

No se sacan la ropa a destiempo por falta de imaginación.

No son como los italianos o los españoles que llueva o truene le dan siempre a la pandereta.

No-

En el invierno los franceses cuidan sus mascotas.

-

Se agacha graciosa. Parece buscar algo. Juega.

Mis, mis, mis... gatito... gatito. ¿Qué es lo que hay por aquí?

Qué cosa más linda, hay por aquí un precioso gatito.

Ven aquí, no te vayas.

No te escondas debajo de la mesa...

No huyas. Eso no lo permitiré. Por más que lo intentes.

Ven, eres un precioso gatito blanco... tan suave, tan tibiecito.

¿Quieres jugar? Yo quiero acariciarte.

¿No?

¿Rechazas mis caricias?

¿Por qué me miras así con ojos desconfiados?

¿Ya te has enterado? Eso está muy mal.

No debieron decírtelo.

Es cierto.

Siempre me gustó embalsamar gatos.

-

Se yergue mayestática. Gestualidad clásica y feroz. Es acompañada por golpe de efecto musical de melodrama.

Vestida de blanco siempre me gustó embalsamar gatos.

Y perros vestida de rojo.

En total: 7 gatos y 5 perros.

Abandona la posición y descansa.

Aclaro que eso que siempre dijeron de los monos es falso; en fin...

Poca cosa... Pero mi madre nunca me lo perdonó.

Señala un punto indistinto hacia un costado. Socarronamente y riendo entre dientes.

Quedaron en la escalera. Todos con ojos de vidrio, rellenos de estopa y metidos en una

caja de cristal, haciendo esquina con la biblioteca

y debajo de un angelito dorado que tocaba la flauta...

Estupefacto.

-

Como el enérgico profesor alemán de arte escénico.

¡No! ¡No! ¡No!

Primera lección señorita:

Un golpe de efecto en el teatro es casi siempre una falta.

El público no quiere que se le sorprenda sino con aquello que ha adivinado confusamente.

¿Está usted de acuerdo señorita... Sarah... Berma... o Barnum, o como quiera usted

llamarse?

¿Es usted judía, no?

Lo supuse por su nariz y por su aspecto decididamente pequeño para todas las cosas.

Ha venido bien recomendada y eso le ahorra esfuerzos inútiles.

Pero el teatro es otra cosa, señorita, no basta con haber entrado, hay que saber salir.

A escena, señorita...

¡A escena!

¡Manténgase erguida, esconda la joroba!

A ver...

-

Cansada y un tanto harta.

Así fue, demasiado torpe, demasiado ingenua, me empujaron a actuar en el gran teatro

de la vida.

¡A mí, a Sarah Bernhardt!

Aparte.

Casi sin darme cuenta, conocí el amor... ¡El amor en el primer acto!

Se recompone, ufana.

Sin modestia: a hombres pequeños, pequeñas pasiones.

¡A grandes mujeres, grandes pasiones!

Con mucho entusiasmo.

¡A mí me tocó un verdadero príncipe azul de cuentos de hadas: el príncipe de Lygne,

el heredero de la corona de Bélgica!

Aunque no lo crean...

Era rico, rubio, hermoso, elegante, culto, arrogante, magnífico... enamorado...

(Duda un poco.) ...etcétera...

Escéptica.

Como todo el mundo sabe, éste tipo de personaje tiene poca letra en cualquier obra.

En comedia o en drama, apenas asoman la cabeza, cruzan el escenario y ¡zuás!

Desaparecen entre los recovecos de un telón pintado.

(Pausa con ironía.) ¡Un verdadero bolo!

(Pausa con rabia.) ¡Y nunca más lo vi!

Ese fue mi primer acto, una estela de perfume entre las palabras y las cosas.

En el segundo acto tuve un hijo, del príncipe por supuesto: Mauricio.

Mi adorado Mauricio, mi hermosísimo hijo, que siempre fue la razón de mi vida...

Mi luz... mi lucero.

En aparte, gracioso.

Lo que siempre me hizo respetar el más insignificante papel en cualquier obra y con cualquier autor.

Sin importar nacionalidad...

Con cualquiera puede ser maravilloso.

¡Un bolo te puede dejar embarazada!

En otro aparte, hacia un costado.

¿Escuchaste eso, mi querido? Dije que eras mi luz....

Como Sarah vieja. Replicando.

¡Un sabandija, que me arruinó! ¡Eso eres!

¿Me escuchas, Mauricio? ¡Eres un desgraciado estafador de tu madre!

Se recompone ofendida. Se explica a sí misma.

Una los mimas, los protege, ¿y en qué se convierten...?

¡En un mantenido y en un jugador!

Mira hacia arriba como pidiendo perdón divino.

Yo sé, yo sé.

La vida es como el teatro, siempre engaña.

Y yo soy una profesional...

Sola y en medio de un invierno inacabable, abandonada y con un hijo,

descubrí la veta que sería lo mío:

El melodrama.

Pero ante todo me faltaba promoción.

¿Qué podía hacer yo, a ver, qué cosa?

Con cinco grados bajo cero fue que se me ocurrió.

-

Como Sarah joven. Con entusiasmo y alegría. De un costado a otro.

¡Me compré un cajón de muerto!

Un féretro negro con arneses de bronce y todo forrado de satén por dentro.

De lujo.

Con banda de música de marcha fúnebre.

En la biblioteca no cabía y molestaba a los gatos en la escalera, así que después de una

temporadita en el living, junto a la chimenea, lo instalé en mi dormitorio;

debajo de un cuadro de Turner con olas marinas y barcos.

Era tan tremendo.

Cortaba el aliento.

Descubrí que las mujeres no podían avanzar un paso en la habitación.

Ni siquiera se animaban las mucamas con el plumero; pero los hombres...

Los hombres me merodeaban, me acosaban, me asfixiaban, me... en fin.

No hay nada más próximo al sexo que la muerte.

Por eso hay que morir y morir una y otra vez;

dormir no es fácil, pero soñar y hacer el amor en un féretro... de noche,

en secreto, en los recovecos, en las grietas húmedas de la noche...

Descubrí que la noche es la mitad de la vida, y la mitad mejor.

Es en esa mitad que se descubren las diferencias...

Y los detalles, Sarah, los detalles.

Como Sarah vieja. Contenta y a las risas.

Impuse moda en los dormitorios: todo en féretro y en satén con guardas de oro...

¡Y un hombre adentro!

Más bien 76 hombres, que es el recuento final de todos mis amantes, pero eso no lo cuento.

No lo voy a contar. No señor.

Como Sarah joven. Mezclando con parloteo y graciosa velocidad.

El forro se lo cambiaba según la estación y según los amantes. Tenía una colección

preciosa, porque yo siempre he sido alérgica y exijo prolijidad, esmero con la piel y el sexo, sus dobleces; con motivos florales, con festones y volados y guardas de cisnes bordados en una sábana negra...

Muy negra.

Por instinto me vino y descubrí que tenía intuición para lo que muchos años después se llamó publicidad.

Con banda de música de presentación circense. Como Sarah vieja. Continuando con el entusiasmo. Arrastrando la pierna de un costado a otro a paso de marcha.

¡Publicidad, Sarah, publicidad!

Para vivir nada está de más, porque nada mata, excepto la muerte.

¡Y en el teatro de la vida, sólo hay algo peor que el que hablen de uno

y es que no hablen de uno, viva o muerta!

Fin de banda. Se recompone agotada por el esfuerzo. Se sienta. Se saca el zapato de la pierna derecha.

Claro que como en todas las cosas, Sarah, lo difícil es empezar.

¿Y por dónde vamos a empezar?

-

Animando y estableciendo referencias con el zapato en la mano.

En mis tiempos, el teatro gustaba de las grandes heroínas.

Todas eran clásicas, miraban de frente o de perfil como en las monedas
y nunca daban la espalda.

A la italiana: remotas e inhumanas como un zapato viejo.

Comienza banda de música: coro de los Peregrinos del "Nabucco" de Verdi.

Las había ruines o santas, amnésicas, feroces o mudas.

Deambulaban las locas. Proliferaban las vírgenes.

Casi todas ricas.

Todas blancas.

No había sanas.

Ni negras.

Las burguesas no se usaban.

Todo antidemocrático.

La belleza era... *(Duda un poco.)* y sigue siendo antidemocrática.

¡Se usa, se gasta, se la remienda y dura como la muerte!

Hasta que apareció el psicoanálisis.

(Abrupto fin de banda.)

¡El psicoanálisis! ¡Maldición!

¡Fue él el que desbarató el negocio! ¡La ruina de lo clásico!

Ha muerto el rey- gritaron- ¡VIVA EL REY!

El nuevo rey: uno bajito, gordito y de lentes: el pequeño burgués,
cuyo arte, como todos saben es el naturalismo.

Pero eso es otro cuento. Y no lo voy a contar. Tampoco.

Mis comienzos como actriz... ¡Ah , claro...! (*Duda un poco.*)

Aparte. Mascullando casi ininteligible.

¡Hay que ver lo difícil que es conseguir una oportunidad, un texto que permita carnalizar la máscara; la búsqueda de un texto y conseguirlo!

¿Te acuerdas, Sarah?

¡Conseguirlo!

Se coloca el zapato con rabia. Se soba la pierna. Parece pensar en algo.

Que fue allí cuando tuve el lío con el féretro...

-

Como Sarah joven. Rápidamente se incorpora. Ambiguamente fresca e ingenua.

A mi hermana Regina se le ocurrió morir de tisis justo cuando había conseguido el

papel de la Ofelia de Shakespeare.

Ella, pobre, que era muy graciosa, muy bondadosa dándome aliento

y yo cuidándola en mi dormitorio...

Cuatro meses estuvo postrada y corrigiéndome la actuación.

Ella de director en mi cama y yo de actriz recitándole a Shakespeare en mi féretro.

Ella ayudándome a morir de Ofelia y yo ayudándola a morir de verdad.

Las dos disimulando... Y aquella cosa... entre las dos... Negra e indescifrable

como el destino.

Hasta que se le acabó el aliento e intercambiamos los roles.

Mágicos.

Los personajes.

Una se murió.

Llamamos a la funeraria. Trajeron otro féretro. Y flores. Muchas flores... Flores...

Había dos féretros, una muerta, una actriz y un personaje.

Yo de los nervios que tenía me acosté a dormir.

En mi cosa negra...

Pausa irónica.

¡El lío que se armó!

Cuando me desperté hubo como un chillido largo. O varios, creo, sí...

El negrito que traía las flores se le cambió el color del pelo y hubo que internarlo;

y aparte de los vidrios rotos de las ventanas por la gente que se despeñó

y de la funeraria que me demandó por "atentado a la moral pública",

lo demás fueron habladurías de los periódicos.

¡Que les gusta inventar chismes sin respetar a nadie, ni siquiera en la hora sacrosanta de

la muerte, y de eso viven los muy malditos!

"El funeral fue soberbio -dijeron- un verdadero estreno."

Los aplausos fueron extraordinarios eso sí - en el teatro- aclaro.

Mi Ofelia sabía de morir.

Y tanto sabía que hasta hizo de Hamlet a instancias del público.

Soy la única actriz que hizo los dos personajes y pudo contarlo.

Los dos. De uno y otro lado del rol.

¡Hay que ver lo que es cambiar de sexo!

Es como cambiar de locura.

O de teatro en mitad de una función.

Aparte. Desolada.

¿Y qué pasó entonces?

Justo cuando el público comenzaba a olfatearme...

Aparte.

Decidí hacer un paréntesis, porque es la hora de tomar mi vasito de agua.

(Yéndose por bambalinas.) ¡El vasito de agua, eso también lo inventé yo!

¡Una hora antes del espectáculo: mi hora de concentración!

-

Voz en off.

Hablé mucho pero para introducir el tema,

que como todo el mundo sabe, es la red que sostiene al saltimbanqui...

una vez que hizo la prueba sobre la cuerda floja.

Interviene banda de sonido de clarines militares y posterior paso de marcha de grupos. Gritos de muchedumbre. Silbidos. Aplausos. Sale Como Sarah vieja cubierta con un gran trapo oscuro, arrastrando una cesta y una escoba.

El 19 de junio de 1870 Napoleón III declara la guerra a Prusia.

Miles de soldados desfilaron por los bulevares gritando: ¡A Berlín! ¡A Berlín !

El público aplaudía, vociferaba: ¡A Berlín! ¡A Berlín!

Cerraron las panaderías, los bancos y las carnicerías. Cerraron el teatro.

Miles de familias se iban hacia los balnearios del norte; en tren, en coche, a pie o a

caballo; con sus bultos huían de París.

Pero yo no.

Yo me quedé.

¡Yo, Sarah Bernhardt!

-

Se quita el manto que le cubre la cabeza. Como Sarah joven.

Como judía siempre admiré a Alemania, pero nunca pude soportar a los alemanes;

así que a mí también se me ocurrió hacer la guerra.

Desde el teatro.

Saca de la cesta un delantal y una cofia de enfermera que se irá colocando.

Conseguí un permiso oficial y transformé el Odeón en un Hospital.

Bajó el cartel donde se anunciaba un melodrama barato y subió la bandera de Francia.

Y la cruz roja.

Comenzará a barrer.

Sacamos las butacas de platea. Pusimos camas; barrimos, lavamos, desinfectamos

todo y nos pusimos a esperar.

A esperar.

Las actrices con los gorritos recién estrenados de enfermera y los delantales blancos.

Y la cruz roja.

Los actores, tramoyistas y escenógrafos de mameluco azul.

Y la cruz roja.

Adición a banda de sonido de vítores, más aplausos y simulación de discursos, etc.

Salíamos al balcón y saludábamos al paso de los soldados que iban al frente.

Y seguíamos esperando.

Discursos.

Banderas y más banderas. Redoblantes. Aplausos entusiastas...

Y seguíamos esperando...

Fin de banda.

Pero no llegaba nadie.

Y pasaron los días y pasaron las semanas y no había ni siquiera un miserable herido

que necesitara de nuestros sacrificados esfuerzos.

¡Maldición!

Era como la espera de un estreno largamente anunciado.

Estaba todo pronto pero el público no llegaba.

Nadie.

Ni los críticos.

-

En aparte. Intimo.

Solamente así puedo expresarlo: como actriz, con los hilos mágicos
en los que está cosida la vida y el teatro...

Bastó que alguien hiciera un gesto en el misterioso espesor del aire; se hizo
silencio,

hubo como un crujido inmenso en el corazón de Francia...

Y se levantó el telón.

-

*Con banda de sonido con estrépito de bombardeo, sirenas y balacera in
crescendo. Cubriéndose con el trapo. Como Sarah vieja. Señalizando, distintos
puntos. Con horror.*

Amontonados, apilados unos encima de otros en carretas que se desmoronaban a
la puerta del teatro; en medio de los gritos y las sirenas, había heridos y pedazos
de hombre

en los palcos, tertulia y escenario...

Teníamos que dar de comer en ollas populares a 500 y a 1000 personas por día...

sujetar brazos y piernas para practicar amputaciones...

emborrachar a hombres rabiosos para que les trepanaran los sesos...

Estalla con rabia.

¡Por todos lados ratas hambrientas, sangre y vómitos!

¡Por todos lados tripas, charcos, mierda y orines rojos sin fin!

Vuelve a un espacio íntimo y casi susurrado con dolor.

...Y cuando creímos que todo había acabado, nada había acabado.

Los alemanes abandonaron el teatro de París y un nuevo límite inauguraba otro límite:

Francia se volvió contra Francia y comenzó la guerra civil...

Mezcla a efectos especiales: música y canto de La Carmagnola que va pasando. Como Sarah joven.

El dolor y la esperanza de la Comuna de París...

Había barricadas en todas las esquinas y bombas y heridos en todas las esquinas.

Hambre, desolación y muerte en todas las esquinas...

El Sena hirvió durante 30 días y 30 noches y luego reventó de cadáveres;

rojo como una tina de un vino humeante y nauseabundo.

Termina banda de sonido con efectos especiales. Pausa.

Nuestra Señora de París estaba tan callada, tan callada.

Era el silencio de dios.

El odio de dios.

-

En aparte, asqueado.

El teatro es como la guerra y vende como las carnicerías.

Si se le saca carne, sangre y dolor no tiene nada que vender.

-

Cuando la catástrofe terminó, sólo quedaba en pie el teatro y yo pesaba 38 kilos.

Tomé un pedazo de mi pobre cuerpo flaco y lo lancé hacia adelante.

La ferocidad de adelante.

Yo misma me inventé nuevamente.

Aparte y quebrando la unidad. Reacomodándose. Con una cierta malicia.

Esto en líneas generales es lo que se llama melodrama histórico de contenido social.

Con algún tono lírico de mi invención,

que es lo máximo que yo puedo dar dentro de este estilo.

Mi límite. Que quede claro.

Después viene el naturalismo...

Y el vasito de agua para poder soportarlo.

Orgullosa sale por bambalinas.

-

Voz en off. Como Sarah vieja. Con rabia.

¡El teatro naturalista, sólo eso nos faltaba!

Con sorna.

¿Ya no más tiara de diamantes y capa de armiño, Sarah, ahora delantal y plumero!

Ya no más penacho de guerrero y espada, ahora tono neutro y pobretón...

¡El paraguas y la cuenta del gas!

¡El arrepentimiento en las formas de la conmiseración y la derrota!

Las historias naturalistas se van a acabar, lo juro, no por falta de actores, ni por falta de violencia.

¡Se van a acabar por indiferencia y hastío!

¡Me escuchas, Stanislavsky, tú y tu maldita escuela!

¡Los espectadores están hartos de sangre y hartos de su propio ego onanista!

La realidad no es narcisista. No está adentro, está afuera.

El actor lo que intenta es señalarlo.

Asoma la cabeza.

¡Y para eso estoy yo!

Aparte susurrado como en secreto hacia el público.

Un verdadero artista se construye a sí mismo y todo esto dura tanto como una pompa

de jabón... ¡Plop! ...su propio tiempo.

Hay que construir un estilo. ¿Me escuchan? ¡Un estilo! El que sea...

¡Y aunque nada importe, aunque todo se pudra, hay que hacerlo!

Vuelve a entrar.

-

Comienza banda de música: "Sonata y claro de luna" de Debussy. Sale como Sarah joven.

Lleva puesto un traje con una gran cola de satén blanco. Toma colocación. Lentamente, enroscándose, con sensualidad. Irónica.

Yo inventé eso que después se llamó "la mujer flor", "la mujer lirio".

Una mujer para ser vista de lejos, para no ser tocada sino con la imaginación.

Una mujer evanescente como el perfume de una noche de verano;

pálida y con reflejos de plata ante la luz de la luna.

Una mujer como un sueño... O una ilusión...

Termina banda. Con ironía.

Una mujer presicoanálisis, queda claro.

De corsé.

Una idiota pensarán algunos.

De lejos.

Porque de cerca...

Acercándose a espectadores.

Era astuta como un prestamista; acorazada como un puercoespín y feroz como una hiena.

Esa era yo: ¡inundible como un corcho!

Una verdadera empresaria en el arte del sobrevivir, que como todo el mundo sabe es la

más rara de todas las artes.

La que sirve.

No estoy hablando ni del bien ni del mal.

En el teatro no hay más ética que la del bien actuar.

-

Triunfante. Con brío.

Que lo sepan todos.

Yo tuve mi tiempo de gloria.

¡Como mujer alguna lo haya tenido ni antes ni después!

¡La gloria embriagadora, enloquecedora de los conquistadores, los santos y las putas!

Comienza banda de música: "La Traviata" de Verdi.

Primer acto de la Traviata de Verdi. La escena del brindis...

¿Escuchan esas voces? ¿Y esas risas, las reconocen?

¿Saben por quién brindan?

Lo hacen por mí. "La muchachita que dio el mal paso"...

¡Esa soy yo!

Da unos compases entusiastas de baile.

¡Sardou, viejo amigo, brindemos por los viejos tiempos!

Sardou...

El autor...

Ahora nadie se acuerda quién era Victorien Sardou, pero en mis tiempos era el dueño

del teatro francés -lo que no aclara nada, porque tampoco hoy nadie sabe qué cosa es

el teatro francés- ni a nadie le importa, ni este vejete, ni ningún otro; así que es como igual, con Sardou o sin Sardou, lo que en el teatro no quiere decir lo mismo.

Qué esperanza.

No existe grado de lo mediocre a lo peor, existe solamente teatro comercial.

Estoy hablando de éxito, solamente.

¡Cómo amaba a Sardou!

Teníamos el mismo olfato y el mismo aparato digestivo orientado hacia una misma meta:

el lleno total.

Una especie de indigestión con atragantamiento entre el fifty-fifty y la letra, y uno arriba y el otro abajo, uno escribe y el otro actúa en medio del abismo y las máscaras, el traperío y las escenografías; los dos empujando a telón abierto; en

busca del público.

Fin de banda.

-

Es lo que hoy se llama: "Amor de boletería".

Cuanto más vende, más amor.

Si baja de cartel: divorcio.

-

Piezas largas las de Sardou, pobre.

Era como lo opuesto a un eyaculador precoz.

Cuando uno creía que acababa, no acababa.

No bajaba de 5 actos, preludios cantados, 4 intermedios y había que resistirlo.

Con fondo de orquesta.

Y todos mirando.

Y todos tocando... al unísono.

Dios mío.

Confidenciando y confabulándose con los espectadores.

El arte del melodrama total...

Consiste en un golpe bajo furioso directamente al esófago; el público queda de rodillas,

boqueando asombrado como un pescado muerto.

Hay que buscar literalmente la guerra: pura acción alrededor de un campo minado, al menor movimiento estalla el asombro...

Y la sangre.

To-do-tru-cu-len-to...

-

Toma colocación en un centro. Música para viñeta parodia. Con gestualidad marcada y velocidad de un costado a otro.

Se moría un rey. Se perdía una carta.

La heroína chillaba y mataban a alguien.

Una vieja se incendiaba; otro caía dentro de un pozo.

Se iba el coro, entraba el malo. Salía un tigre.

El héroe chillaba y mataban a alguien.

Cambio de escenario: humo y tramoya.

Resucitaba la vieja. Aparecía la carta.

Volvía a entrar el coro y mataban a alguien. Rugía el tigre...

Asomaba la cabeza el del pozo...

¿No se había muerto? No, era el rey.

Leía la carta.

¡La maldita carta!

¿Y la heroína ? Ya estaba loca.

¿Y el héroe? Ya se había muerto.

¿Pero de quién es el bebé? ¿Qué bebé?

¿El de la vieja o el del rey?

¡Ese bebé que está ahí a punto de ser devorado por el tigre!

¡Oh!

El coro se entusiasmaba y perdía el control, mataba a los hachazos por delante y por detrás; desmayos, incendios, correteos, sangreros, rugidos, la gente aplaudía, todos gritaban...

y nadie sabía quién era quién... O de qué se trataba aquello...

Y lo que es mejor, ¡en la boletería nadie sabía si reír o llorar!

¡Qué tiempos!

Era como en las telenovelas de ahora. Pero más largo.

Cuatro o cinco horas más largo.

Soportándolo todo y sin desfallecer hasta el final.

La gente salía mareada y yo muerta.

Les gustaba matarme en escena. Con morbo.

-

"Cada vez muere mejor", decían "unos".

"Cada vez vende mejor", decían... "otros".

-

Rara vocación la de morir en escena.

Yo morí de 64 modos diferentes y en velocidades estéticas distintas.

A cada cual más atroz según se miren los autores y sus berretines, que son -gracias a dios - muchos.

Aclaro que nunca me morí de vejez, ni en bocanadas sencillas. No se usaba.

Las mías eran muertes de efectos especiales con gran acompañamiento de

orquesta.

Yo morí a los tiros o a las cachetadas del coro;

ahogada en el mar; a las cuchilladas o despeñándome desde lo alto de una roca;

atragantada de angustia o de hambre -que es lo mismo- quemada viva en la hoguera;

envenenada o desmoronándome de tisis adentro del miriñaque...

Que era la gran moda.

Pero la muerte más sensacional era la muerte por plebe.

Que era así, en "La Tosca", que dios la tenga en la gloria.

Se coloca un gran sombrero negro y una guirnalda de flores artificiales en el busto. También consigue un gran ramo que lleva en las manos. Viñeta parodia. Con banda de música: último acto, escena final de "Tosca" de Puccini.

Yo aparecía allá en lo alto, enojada de furor maléfico.

Había que ajusticiarme a la antigua: "El honor"...

Sonaba la orquesta.

Rugían las muchedumbres.

Entonces me empujaba ... "El honor"; yo daba un gran salto al vacío; había gran agite de

tambores, humo y gritos... y...

Y...

Da un salto. Fin de banda. Arroja el ramo de flores y se lo queda mirando. De rodillas.

Terminaba allá abajo.

Reventada de entusiasmo trágico.

Des-pe-da-za-da en la ilusión por el populacho.

¡Había que verlo! ¡El efecto era brutal!

Arrebataba el aplauso y en medio de los bravos, a veces tenía que repetir la escena.

Se usaba repetir las partes de muerte.

Se incorpora.

Soy la única que pudo soportarlo.

La sobreviviente.

-

Con banda de sonido de lluvia, truenos y rayos. Se irá desarreglando el sombrero.

En Pittsburgh, un pueblito atorrante, fue.

Llovía torrencialmente.

Se desfondó el cielo y se inundó la tierra; yo ya había terminado la función,

pero la gente no quería ni podía salir del teatro;

aplaudían y pedían bis a rabiar, los muy desgraciados;

para no mojarse hasta los músicos y tramoyistas se entusiasmaron, el coro se confabuló

y cada vez había más climax entre el griterío del público, los rayos, los aplausos, la lluvia y

los truenos que le daban más patetismo al drama.

¿Qué iba a hacer yo? El público manda y una no puede resistirse.

Así que síntesis...

Reiteración de música con el mismo tema de "Tosca". Colocación para subrayado de parodia.

Se irá desarreglando las flores del busto.

Inundación. Efectos telúricos...

Yo allá arriba. Honor. Empuje. *(Con simulación de salto con dificultad.)* Caída y gritos.

Orquesta. Reventada y telón.

Fin de banda. Continuará desarreglándose el traje.

Y seguía lloviendo. Dios mío, dios mío, llovía torrencialmente.

Y una y otra vez más lluvia y más aplausos...

Bis:

Otra vez reiteración de música con el tema de "Tosca". Perderá la cola o algún otro adminículo.

Yo, allá arriba. Honor y etcétera... Tosca... Empuje... Orquesta ... *Con reiteración de salto.* y ¡plash!

Y telón... y más aplausos.

Y más lluvia...

Fin de banda. Muy desarreglada y trastabillando. En aparte. Recogiendo partes del vestuario.

¡Cinco jornadas de despedazamiento con la plebe en una sola noche!

Hubo que llamar a la policía ante el alboroto, a los bomberos, al ejército...

Al otro día apareció el titular en el periódico:

"Actriz trágica francesa despedazada hasta que escampe."

-

Pausa. Quitándose el sombrero "mojado" y las flores. Mascullando.

¿Patético, verdad? Pero teatro es teatro y por lo demás que hablen.

Yo me compré mis propios teatros a fuerza del sangrero derramado en tragedias.

¡Y al contado! Porque siempre pagué mis deudas. Y las de Mauricio, mi hijo, que fue

siempre un jugador... y las de otros... por no mencionarlos, otros que se arrimaban

¡para chuparme la sangre!

-

¿Que exagero? ¡Por supuesto que exagero!

Si se trata de saber quién tiene razón, no me interesa saber quién tiene razón.

Soy antinaturalista por naturaleza.

Lo poco que la realidad tiene de real, en el arte moderno es como una mueca de lo real.

Como una joroba.

A mí no.

A mí me tocó el romanticismo.

En aparte.

El universo me concierne...

Con gran gesto grandilocuente de teatro clásico. Todo.

Cada cual sabe sus límites.

Acercándose a los espectadores. Con una cierta dulzura irónica.

Yo sé, yo sé que hay un Strindberg, un Ibsen y un Chejov que están creando el teatro moderno más allá de estos límites.

El arte de estos buenos muchachos es de máxima categoría, pero sigue pareciendo posible, como debe ser todo el arte moderno.

Mi arte no.

Es extravagante, raro, tiene todo lo que hechiza y la fascinación de lo imposible.

-

Actuando con gesto crispado y hacia arriba. Riendo sarcásticamente.

¿Me escuchas, Baudelaire, viejo calvo?

¿Qué importa sumergirse en el fondo del abismo, cielo o infierno para encontrar lo nuevo?

Lo nuevo en lo imposible, a ver, ¿qué importa?

-

Como el exigente crítico alemán de teatro.

¡No! ¡No!

Se fue de estilo señorita, está usted demasiado pomposa, demasiado retórica, nadie

le creerá.

Tenga usted cuidado con el énfasis.

Ese es su mayor defecto.

Baje la manito.

Parece la reina del carnaval al paso de las comparsas, saludando y tirando confetti.

Fíjese en la señorita Eleonora Dusse. Ella sí que...

A ver...

-

Retoma.

¡Maldición!... También eso tuve que soportar: los críticos y la caricatura de mis gestos.

La envidia, las murmuraciones y los celos filtrándose por todos lados.

Es un viento que hiela cuando la vida sopla demasiado fuerte.

Y yo soplo fuerte, ¡a todo pulmón!

Dirigiéndose al público y señalizando arriba.

Se lo digo a los de la última fila, a la muchachada que es la que importa:

El que sabe, crea.

El que no sabe, enseña, critica o jode.

¡Y a cada piojo le llega su tiempo!

En aparte íntimo. Con rabia e ironía.

Cuando un actor se calienta un poco, duda y se acurruca en el corazón del espectador -dicen: "Vuelve a Sarah".

Cuando un actor actúa y no sabe que actúa, vuelve a su fuente nutridora, dicen: "Vuelve a Sarah".

Yo soy la dadora, la fecundante de cuanto hay de raro, mágico o...

Susurrado, masticado con rabia. ...¿declamatorio? ¿sobreactuado?

-

Como Sarah joven. Dándole ánimo a su Sarah vieja.

No te detengas nunca, Sarah, o morirás.

En el teatro estamos rodeados de conspiradores, de amantes, de criminales en potencia.

Es una conjura salvaje donde sobreviven los más fuertes.

El que tenga el colmillo más afilado, Sarah, la dentellada... feroz... Pronto...

-

Como Sarah vieja... Reaccionando. Cavilando.

La competencia, Sarah, cómo haremos para eliminarla...

Parece escuchar algo.

Es cierto, siempre hay otros medios...

Decidida se adelanta hacia el público.

Invocación de Sarah Bernhardt para eliminar a la competencia.

-

Como Sarah joven. Con iluminación saturada para gran efecto y gestualidad trágica.

De rodillas, remedando a su Lady Mackbeth.

¡Yo te conjuro demonio, quienquiera que seas!

¡Dioses infernales, si tienen algo de poder que se manifieste ya, ahora mismo!

Yo te entrego a Eleonora Dusse, que todo lo que ella haga salga mal;

que todo lo que le suceda sea malo.

Dioses infernales, yo te entrego su color, su rostro, sus cabellos,

su sombra, su cerebro, su corazón, sus pulmones, sus manos, su hígado, su ombligo,

su vesícula, su vientre, sus plantas del pie, su teatro naturalista.

¡Aplástenla, que muera, que se atragante, que se le olvide la letra! ¡Que reviente!

¡Dioses infernales, si la veo pudrirse en escena ante mis ojos, te ofreceré un buen corazón en sacrificio!

Se incorpora. Con entusiasmo. Comienza banda de música: tema central de "La viuda alegre" de Offenbach.

¡Ah! Ya me siento mejor. Ya lo conseguí.

¡No hay nada como una buena terapia que eche mano a viejos recursos escénicos!

Sale por bambalinas y se prepara.

-

Voces en off mezcladas de Sarah vieja y joven.

-

¿Me escuchas Sarah? Hay que quitar y poner la máscara sin que el filósofo que hay en todo actor no se emocione sino vagamente.

-¡Los buenos tiempos, claro que sí!

- Esperen un poco que esta aparición requiere de miriñaque.

-¡Dónde diablos está el peluquero! ¡Y la peluca, quién me robó la peluca!

Ruge rabiosa. -¡Damala, dónde está Damala!

Risas y chistidos. Conversaciones confusas.

-De pronto apareció alguien que tendría un papel importante en mi vida.

Un tal Jacques Damala... Un actor.

-

Sale vestida con espléndido traje blanco estilo imperio. Lleva ramos de camelias en el corpiño.

Lo que todos querían ver.

Mi clásico: Margarita Gautier versus Armando Duval en la "Dama de las Camelias".

La escena famosa en que ella quiere y no quiere...

-

Busca colocación. Actuando con leves tonos líricos. Fondo de música romántica.

El día de verano se recorta en la ventana.

¿Sientes el olor marchito de las flores de agosto?

¿Lo sientes? ¿Y el color del aire, Armando, lo sientes ?

En días así se puede ver hasta siempre.

Hasta siempre, Damala, mi amor.

Eres tan hermoso. Pero no me mires de frente.

Aléjate, Damala.

En el teatro no se puede mirar un foco de luz de frente.

Demasiada claridad ciega, es como mirar el sol y la muerte.

Aléjate.

Aléjate. Por favor.

-

Con in crescendo hacia giro de remate gracioso.

Te lo prevengo, Damala, si no te alejas, si no resistes, me casaré contigo.

Eso le dije a Damala. Insistí. Insistí. Le rogué, le supliqué... Actué, me desmayé...

Durante 30 años representé La Dama de las Camelias...

¡Y me casé con Damala!

-

Eufórica. De un costado a otro, con el famoso caminar conocido como "efecto Beriozka", que ella inventó. Con banda de música: Vals "Emperador" de Richard Strauss.

Era el hombre más hermoso del mundo, es decir: ¡un griego!

Un ser lleno de la alegría chisporroteante de vivir; un aventurero; un jugador, un bebedor empedernido...

Y además drogadicto...

Todo el mundo se opuso a que me casara.

Hasta mi hijo se opuso.

Pero yo me casé.

No podía resistirlo.

Lo veía y perdía la cabeza.

Me tocaba una mano y me hacía pichí...

Con miriñaque o sin miriñaque...

Su seducción era instantánea, absolutamente irracional y primitiva como una piedra rabiosa.

-

En oposición a la imagen grácil, enredándose con el texto y por serias dificultades con el peso y amplitud del vestido.

Con él aprendí el sexo a la "Darwin", o a "lo primate"... o como quiera que se llame; que consiste en hacer el amor orientando la capacidad digestiva hasta que coincida con las vibraciones del entusiasmo, ¡a cualquier hora del día o de la noche, y en cualquier lugar que dios o los infiernos quieran!

El lugar, Damala, ¿lo recuerdas?

Fue él quien me sacó del féretro.

-

Con entusiasmo y parloteo in crescendo.

Pasé del féretro a un ropero.

Del ropero a un ascensor.

Descubrí la panorámica desde todas las azoteas, pretilos, caños y letrinas de París.

Por arriba y por abajo.

Visité las cloacas de Berlín y Constantinopla...

¡Hay que ver lo extraordinariamente nauseabundas, húmedas y eróticas que son las cloacas!

Todo delirante, en gótico y rodeado de caca como en la ópera.

O si no en los jardines de Luxemburgo; adentro de un confesionario de una abadía benedictina del siglo XVII; en un quiosco de flores de Trafalgar Square; adentro de un pozo de mineros en Virginia, mientras le sacaba una muela...

En bicicleta, a caballo, en patines o simplemente caminando- que es la forma más difícil

de hacer el amor - caminando y disfrutando el paisaje. Mirando los pajaritos...

-

Pausa con giro. Evocando enamorada y casi ausente.

Pero lo que más nos gustaba era hacer el amor en un teatro cerrado, sobre el escenario

desnudo, con las luces apagadas y la platea vacía...

Sin apuntador.

El teatro, Damala, no puedes haberlo olvidado.

Hasta hice de ti un actor y según dicen, un buen actor sin futuro...

Se quita las flores de camelias del corpiño y hace un gesto de entregarlas hacia adelante.

Eras arcilla embebida en gracia y en vino celestial...

Yo quise modelar y beber de tu cuerpo, Damala, yo fui tu Pigmalión.

-

Escéptica. Olisqueando las flores. Masticándolas.

Lástima que había demasiado vino celestial.

Más bien vino tinto y no del mejor... Y drogas...

Infinidad de drogas inútiles, misteriosas, melancólicas...

-

Buscando hacia tono dramático.

Cuando hicimos juntos La Dama de las Camelias, yo veía transparentar tu cuerpo hacia las sombras de una danza donde tu avanzabas y yo nunca podía alcanzarte.

El público lo sabía, no podía engañarlo.

Era tan irreal la realidad de la ficción; el mareo y el acabamiento,

la música, el brindis de la Dama de las Camelias mientras tú te morías...

Mientras tu te morías, Damala, de miedo o de tiempo, como todo el mundo.

Adiós. Adiós, Damala. Hasta siempre.

Se quita la peluca con cansancio. Se saca una de las mangas del vestido.

Después de aquel tórrido verano, las quemaduras y llagas de mi piel formaron costras;

como un caracol, mi cuerpo se replegó hacia un íntimo espacio vacío.

Oh Sarah, oh Sarah, un rincón vacío y frío.

Desde entonces siempre tuve frío.

-

Estalla.

Yo soy tan neurótica y tan friolenta que si me enviaran al cielo después de muerta,

pediría indemnización por las corrientes de aire, y si me enviaran al infierno, ¡volvería por una manta para arroparme!

Es lo que yo llamo el principio de insatisfacción radical.

Empieza donde no hay ningún principio y no tiene fin en ningún fin.

Continúa quitándose prendas. Se soba dolorosamente la pierna derecha.

El lugar sin límites, Sarah...

-

Susurrando.

Nadie sabe dónde empieza y dónde termina lo real.

Pero yo siento donde estalla lo irreal.

Hace 20 años que padezco de esta rodilla...

¡Basta ya! ¡O me la cortan o me pegan un tiro !

Eso les dije.

-

El 22 de febrero de 1915 me coloqué mi última máscara: la del éter.

Se coloca la mano crispada en el rostro a modo de máscara.

“¡Quítamela! ¡Quítamela! Me ahogo me sofoco. Nunca me dormiré.

¿Por qué éter? Hubiera sido mejor cloroformo.

¡Ah! Está bien. Funciona. Funciona.

Me voy.

Me voy. Ya me he ido."

Cuando desperté, desde el fondo burbujeante del éter vi a mi pierna.

La vi espantosamente sola y blanca, descansando como una muñeca muerta.

Ya sin dolor.

En otra mesa.

-

Pausa con giro. Agil. Parloteando y recogiendo el vestuario que ha quedado desperdigado.

Estuve una semana probándome piernas: piernas de madera, de hueso y de marfil, con

bisagras de plata, y de algo novedoso que recién se había inventado: de plástico.

Todas ortopédicas. Todas espantosas.

No hay nada más horrible que ver una hilera de piernas solas apoyadas contra una pared.

¡Derechas y muertas, como un ordenado holocausto de bailarinas!

No.

Decidí que no iba a aceptar ningún simulacro.

No me iba a poner ninguna pierna.

Por lo pronto a comportarse con dignidad...

¡La Viuda de la Pierna se va a tomar su vasito de agua!

Ufana. Nariz arriba, da unos pasos un tanto rígidos y desaparece llevándose el

vestuario entre bambalinas.

-

Música de fanfarria. Voz en off como Sarah vieja.

¡Había que verlo! Me mandé construir una silla. ¡Que silla!

Era una especie de trono. Y yo allá arriba.

Toda blanca en delirante estilo Luis XV, con dos tirantes que le salían a los costados para

que la agarrara un hombre adelante y otro atrás; por turno, cinchando como caballos para

poder sostenerme. A pura fuerza: o mis doncellas o algún poeta- siempre había alguno;

de la silla al coche y del coche al teatro; del teatro a la silla y otra vez lo mismo.

Asoma la cabeza entusiasmada.

Como una reina. Saludante.

¿Me escuchas, María Eugenia, emperatriz de Francia?

Estamos iguales. De verdad. Viejas y chochas.

Vuelve a entrar.

Yo me divertía como una loca y me daban ataques de hipo.

¡Era de raro el mundo desde allá arriba!

A partir de entonces yo miré al mundo de reojo, entornando las diferencias...

Eso era de día... Yo toda sonriente...

Y de noche...

De noche...

-

Sale como Sarah joven con una túnica griega con velo, remedando a su Fedra de Racine.

Arrastra suavemente la pierna derecha. Trae un gran cuchillo.

¡La picazón!

En medio de la noche, una picazón en la zona de la pierna ausente.

Donde no había nada me picaba.

¡Como me picaba!

Toma colocación. Con gestos crispados trágicos.

¡Quiero rascarme!

¡Quiero todas mis manos para rascarme!

Necesito de uñas, uñas fieras que me rasquen. Filos y aceros. Cuchillos que me rasquen.

Susurrado.

Ten compasión dueño mío. Yo ya no puedo seguir. No puedo.

Todo se desmorona alrededor.

Pero un cuchillo no alcanza... todos los cuchillos no alcanzan.

Giro en aparte dramático.

Mauricio, hijo mío, trae fuego que me queme allí donde escarba el gusano en el vacío.

Te lo suplico. Por favor.

Ya no soporto este picor.

Tu madre se va a volver loca... ¿Me escuchas? Loca...

¡Loca de rabia por no poder arrancarse esta nada muerta!

Eleva el cuchillo en gesto grandilocuente.

Este estilo que es mi propia muerte de sombra vieja...

Con largo grito destemplado.

¡De-cla-ma-toria !

Pausa. Deja caer el cuchillo y se lo queda mirando. Se quita el velo. Se sienta con dificultad.

-

Como Sarah vieja.

Que fue allí donde conocí a Freud.

Sigmund Freud.

Un hombrecito decididamente extravagante. Era judío pero no parecía inteligente.

Todo un caballero con algo de gris y de perro faldero.

Un jueves:

"El inconsciente recuerda lo que fue. La pierna ya no está, pero queda su experiencia, su fantasma."

Así que yo, a los 75 años, actriz trágica de amplio repertorio, diva de una sola pierna ,

tuve que aprender a lidiar con un fantasma.

¡Un fantasma!

-

Hacía de fantasma con una cofia y una moña.

Los lunes, miércoles y viernes en función de matiné.

¡El mayor de todos mis errores. El horror de mi carrera!

¿Me escuchas Victorien Sardou? ¡Maldito seas!

“Espiritismo” - que era una pieza que se le había ocurrido y me empujó a actuar.

Estaban de moda los astros, las cartas adivinatorias y los muertos...

Todo eso que siempre está de moda...

¡Y yo a los saltitos como una gallina de guinea!

A Sardou lo empecé a odiar después de “Espiritismo”, no antes.

Pero a muerte. Como sólo se puede odiar en el teatro:

de 7 a 9 ¡y con profesionalismo!

Como Sarah joven.

Envejecida, mutilada, condenada a una inmovilidad implacable...

¿Qué haremos, Sarah, lo has pensado?

Como Sarah vieja. Ovillándose en su decrepitud.

Qué difícil es vivir tanto y cómo callan las cosas

cuando el tiempo pasando, pasando trae su caballo viejo.

El dolor queda guardado aquí, mudo y sin explicaciones.

El miedo se agacha, arquea el lomo y dios levanta la pata.

¿Oyes el ruido de la pata de dios?

-

Es el ruido de las catedrales abriendo sus bocas

para tragarnos en la hora exacta de nuestra muerte.

Es el ruido de los crisantemos en flor.

-

Suena un timbre. Como Sarah joven. Dándose ánimo.

Primer timbre. ¿Lo escuchas? Es el teatro, Sarah. Hay que prepararse. Vamos.

Comienza banda de efectos especiales: gritos y balacera, bombardeo in crescendo.

¿Escuchas los cañones? ¿Lo escuchas? ¿Y el ruido de la sangre entre las balas ?

Es la guerra otra vez, Sarah... La Primer Guerra Mundial...

Lobos contra lobos... hay que prepararse.

Sacude el polvo. Descorre las cortinas, que entre luz.

Hay que llamar a los estudiantes, autores, músicos y escenógrafos...

actores, poetas y futuros amantes...

A la muchachada toda, vamos... ¡Pronto!

¡Hay que resistir!

Se adelanta hacia un centro. Con brío.

Voy a construir un espectáculo extravagante y raro, un espectáculo inconcebible en estos

tiempos inconcebibles, cuando somos tan ridículos como para suponer que tenemos sentido del ridículo e interpretamos como un insulto el menor signo de grandeza.

¡Un espectáculo de luz que de alimento a lo imposible, Sarah...!

Vamos.

Suena un timbre.

Segundo timbre. Alerta. Alerta máximo.

El público espera. Las luces se apagan.

Es un breve instante...

Ahora empieza la maravilla.

Toma una gran bandera de Francia, la desenrolla y la enarbola. Se adelanta con brío.

Vamos muchachos.

Yo sé que estos tiempos son difíciles; siempre hay algún imbécil que es aplaudido por millones.

Eso no quiere decir que el imbécil tenga razón.

Suena otra vez el timbre mezclado a banda de sonido con murmullos, gritos y aplausos entusiastas.

El universo se enciende.

¡Allá afuera nos esperan rugiendo millones de astros en la bóveda celeste!

Con banda de música in crescendo: Himno de la Marsellesa.

Ahora y siempre.

Vamos muchachos, camaradas.

¡Todos juntos!

¡Adelante! ¡Adelante!

Avanza en retirada, eleva los brazos enarbolando la bandera y se suma cantando a la banda de música.

Ariel Mastandrea. Correo electrónico: arielmas@internet.com.uy

En esta colección:

N° 60. La Monstrua

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. Argentina. Septiembre de 2002

-

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral

www.celcit.org.ar